

mueve el ramo, y lo despierta:
 al lago mira, y lo azula;
 mira al monte, y lo deshiela;
 respira, y llena los aires
 de entremezcladas esencias;
 anda, y dejan sus pisadas
 florecidas las praderas.
 En torno de ella, espirales
 de mariposas revuelan,
 y á su paso abren las rosas
 y los claveles revientan.
 Sus dedos de sol, enrubian
 del niño la cabellera,
 y remueven del anciano
 las cenizas, aún no muertas.
 Llenan de sueños de oro
 las frentes de los poetas,
 y de los sabios fecundan
 las descarnadas ideas.
 Todos los ojos la siguen,
 todos los labios la besan,
 y todos los corazones
 de gozo, al mirarla, tiemblan.
 Ella, riente y sencilla,
 llenas las sienas de estrellas,
 vertiendo flores de almendro
 como una visión se aleja;
 y al transponer las distancias,
 el alma humana contempla,
 llenos de amor y de vida
 el mar, el cielo y la tierra.

LA PRIMERA FLOR

Ya es en las ramas alegres
 cada brote una promesa;
 ven y veremos unidos
 en su botón la hoja nueva.
 Plegada como tu boca
 palpita la flor risueña
 que aún no ha dado el primer beso
 al sol de la primavera.
 Ven, y enlazadas las manos,
 erraremos por la selva
 y veremos si en sus troncos
 aún están tus cifras puestas.
 Las virgilianas encinas
 nos darán techumbre espesa,
 ¡que, para el amor, un velo
 siempre ha tenido la tierra!
 Allí, á través de las ramas,
 bajará la luz en hebras
 á intercalarse en los rizos
 de tu obscura cabellera,

y sentiremos el bosque
 latir con la savia nueva,
 de brotes engalanado,
 igual que un seno de perlas.
 Ya aterciopela los bordes
 de los senderos la hierba,
 y los almendros tempranos
 lucen su casta diadema.
 El sátiro entre los juncos
 con el agua brinca y juega
 y besa la huella rauda
 de alguna ninfa en la arena.
 Los corzos van caminando
 en amorosas parejas,
 y al menor soplo del aire
 se atemorizan y tiemblan.
 Bajo el templo de los pinos,
 donde columnas espesas
 sostienen en sus alturas
 sus *rotondas* gigantescas,
 enardecida la sangre
 pasan las liebres ligeras
 tras de la pista olorosa
 de algún amante que espera.
 Ya vienen hasta el olfato
 los gérmenes de la tierra,
 procreación infinita
 que los sentidos despierta.
 Vienen besos á los labios
 que busca tu boca fresca ;
 ¡ tu boca, flor aún cerrada,
 de casto misterio llena !
 Ese botón primoroso
 quiero que el primero sea
 en abrir su tierno cáliz
 á la dulce primavera.

Pon tus labios en mis labios ;
 así, más cerca, más cerca...

.....
 ¡ Vivan los pétalos rojos !
 ¡ Vivan las rosas abiertas !

ABRIL

Candoroso adolescente,
divinizado poeta,
el de mejillas de rosas
y el de cuerpo de azucenas.

Radiante Abril, que has traído
en tus manos tu poema,
y has renovado del mundo
la armonía y la belleza.

Nuestro oído han regalado
los dulces sonos que llevan
los hemistiquios brillantes
de tus estrofas egregias.

Has prendado nuestros ojos
con tu riente diadema
de pimpollos adorables
y de flores entreabiertas.

Ibas desnudo, dejando
bajo tu pie rosas nuevas,
á través de las montañas,
las colinas y las selvas.

Como á un dios tu ser veía
la alegre Naturaleza
pasar cargado de flautas
con que ensayar tus cadencias,
y te seguía un enjambre
de mariposas inquietas,
que, por pararse en tu cuerpo,
se atropellaban revueltas.

Tras tu ruta caprichosa
iba irradiando una estela
de insectos que desplegaban
las alas de ricas piedras,
y fluían en el oro
de la luz, que blondas hecha,
sus lunares fugitivos
derramaba en tu cabeza.

Tú bajabas retozando
por los valles y laderas,
y dejabas verdes fimbrias
en los troncos y en las piedras.

Los corzos, tras los ramajes,
barajados con las ciervas,
doblaban, al ver tu paso,
ambas rodillas en tierra;
y las ninfas, rebujadas
en chal de líquidas hebras,
con los dos senos rompían
la onda melódica y tersa.

En una hamaca de fresnos
que, con tu carga ligera,
desflorando el haz del agua
te mecía soñolienta.

á descansar te tendías,
y de toda la ribera
rondallas de ruiseñores
iban á darte su fiesta.

Tú dormías descuidado,
porque el dormir te deleita,
y con corona de nidos
te hallaba la luz primera.

Bañada de sol entonces
tu lira, que el canto lleva,
nuevas flores cincelaba
con que aumentar tu poema;
y de seis hojas de lirio
formaba una *estrofa* bella,
y una rosa de cien *rimas*
de cien hojas entreabiertas...

¡Oh, maestro inimitable!
corta ha sido tu existencia;
pronto caer has dejado
las flores de tu cabeza.

Mas, volverás, que del ritmo
con que se mueve la tierra,
tú eres un compás brillante
que al año aparece y suena.

¡Ojalá que cuando tornes
á romper tu flor primera,
con el eco de la risa
en los labios nos sorprendas!

LA TRONADA

Bajo de las tumbas que recios azotan granizos y vientos,
sobre las montañas de cumbres altivas y toscos cimientos,
y en mares, y abismos, y rojos volcanes de luz que serpea,
feroz terremoto retiembla y se agita cual sorda marea.
¡Mirad! la techumbre bordada de soles y blancas estrellas,
se empaña con nubes, y monstruos de fuego, y horribles centellas;
al sol obscurecen melenas flotantes de negros vapores;
descienden las gotas cual rocíos buriles que rompen las flores;
allá por los vientos en anchas bandadas se alejan las aves;
temblando en las olas cual copos de nieve se mecen las naves;
los campos agitan sus chales lujosos de vides listados;
perdidos pastores voccean siguiendo sus sueltos ganados;
y allá por la grieta que taja y divide la cumbre eminente,
salvando peñascos con ronco rugido retumba el torrente.

El nido amoroso de granzas y plumas del árbol colgado
deshecho se mira del viento al empuje y al suelo lanzado;
las hojas que fueron vestido oscilante del ramo pomposo,
perdidas se alejan en giros revueltos al mar proceloso;
las fuentes que imitan espejos brillantes de límpidas ondas,
cubiertas se miran por verdes tapices de tallos y frondas;
el agua que finge serpiente escamosa de líquida plata,
arroyo es primero, después es torrente, y al fin catarata;

la tersa laguna que enturbia su seno, se trueca en pantano;
 el lago dormido de capas azules, en fiero oceano;
 los bellos jardines, estuches de flores, en suelos perdidos;
 las dulces florestas de estancias alegres, en yermos rjidos;
 y sobre los techos y torres lejanas y campos lucientes,
 rebotan y saltan redondos granizos cual perlas cruvien es.

¡Qué hermosa, qué hermosa la voz resonante del bárbaro trueno
 recorre el espacio, de nieblas y sombras y ráfagas lleno!
 ¡Qué grande el concierto de nubes que lloran, y vientos que braman,
 y gotas que vibran, y mares que zumban, y rayos que inflaman!
 El pino gallardo que esconde su tronco del cielo en la cumbre,
 su verde corona de mudo relámpago sumerge en la lumbre;
 la esbelta palmera que erguida taladra la copa del cielo,
 terrible ondulando, ya rasga la nube, ya toca en el suelo;
 los rojos volcanes, hogueras inmensas de enormes alturas,
 ardientes despiden sus besos de fuego rompiendo negruras;
 el rústico albergue retiembla y vacila del agua al exceso;
 la torre que guarda vestigios pasados sucumbe á su peso;
 y tal algazara y estruendo conmueven los cielos profundos,
 que trombas remedan, tumultos de mares y choques de mundos.

¡Oh! cómo gozosa su música oyendo se arroba la mente
 y cómo adormida el alma á su encanto suspira indolente!
 Acentos de trueno que estallan bramando, son ritmo sonoro;
 relámpagos vivos que incendian y brillan, son luces de oro.
 ¡Oh! yazgan sumidos en noche de penas sin paz ni sosiego,
 aquellos que tiemblen del ciclo á las iras y al bárbaro fuego;
 y pues que mi mente llenáis de armonías y vagas deidades,
 ¡bramad, ondas fieras! ¡tronad, roncós vientos! ¡rugid, tempestades!

BATALLA DE CLAVELES

—Mira qué hermoso ramo
 de claveles diversos;
 pon en hueco la falda
 para que caigan dentro.
 —Magnífico brazado;
 ya está la falda; échalos;
 ¡qué vivos de matices,
 qué grandes y qué espléndidos!

Quiero que te los pongas
 entre los rizos crespos;
 te sientan los claveles
 como la aurora al cielo.
 —Dame aquella tijera,
 que recortarlos quiero.
 —Tómala y llena un jarro
 riquísimo con ellos.
 Entre el calor de Junio
 gusta, mi bien, olerlos;
 su esencia resucita
 á los postrados nervios.

El toldo presta sombra
al blanco pavimento,
el surtidor recita
sobre la taza, cuentos ;
las gratas mecedoras
columpian nuestros cuerpos,
y el pez bajo del agua
va curvas de oro haciendo.

—Ayúdame á elegirlos
y un ramo formaremos.

—Yo buscaré en tu falda
los de color idéntico,
y tú los harás círculos
bellísimos y alternos.

—Pues mécete tú al mismo
compás que yo me muevo,
y sobre mi regazo
las manos juntaremos.

—Ven hacia mí ligera.

—Voy hacia ti al momento.

—Ahora hacia atrás inclínate.

—Echo hacia atrás el vuelo.

—Ya está á las mecedoras
igual compás meciendo,
y acercan nuestros rostros
para apartarlos luego.

Toma este cáliz blanco.

—Queda en su sitio puesto.

—Toma este que es pajizo.

—Al lado lo pondremos.

—Coloca éste de púrpura.

Colócolo en su puesto.

Este calor, la cara
me quema con su aliento.

—Pues yo echaré, alma mía,
frescura sobre el fuego.—

El moja unos claveles
con raudo movimiento,
y llena de rocío
la faz de ella, riendo.
Pero ella de un manojo
baña á su vez los pétalos,
y el rostro de él azota,
con muestras de contento.
Empieza de claveles
un vivo tiroteo
y brilla una batalla
de flores en el viento.
Cada vez que se acercan,
siempre el compás siguiendo,
esgrimen los claveles
igual que los aceros.
Unos dan en el limpio
cristal de los espejos,
otros manchan el mármol
con su matiz sangriento.
Al cabo, á la refriega
glorioso fin poniendo,
él llega, columpiándose,
de ella al feliz encuentro,
y en vez de darle alegre
con un clavel bermiejo,
en la encendida boca
le da un vibrante beso.

MARIHUELA

ESTUDIO INFANTIL

La graciosa Mariquilla,
igual que una llama, bella,
igual que una espiga, sana,
igual que una rosa, fresca,
feliz se pasa la vida
en una risa perpetua,
cual si en su pecho llevara
de un manantial la cadencia.
A su oído melodioso
todo sonido disuena,
y á su vista delicada
toda línea es incorrecta;
y de líneas y sonidos
las discordancias diversas,
producen mil carcajadas
en la loca muchachuela.
Si alguien al suelo se cae,
de risa, al suelo va ella;
y se deshace riendo
si escucha hablar á una vieja.

Si zumba un insecto, ríe,
 como si un pájaro vuela,
 y como si un niño corre,
 y como si un ala tiembla.
 Inconsciente y abismada,
 la humana mímica observa,
 y los gestos le dan risa
 y las extrañas maneras.
 En cualquier postura rara
 á sí misma se contempla,
 y de su forma se ríe
 si la actitud exagera.
 Gusta deformar su cara
 con sus dedos al cogerla,
 para agrandarse los ojos
 ó estirar labios y cejas.
 Con madroños ensartados
 en sutil hilo de seda,
 pone colgantes zarcillos
 á sus dos finas orejas;
 y cuando viene el verano
 gusta *espatarrarse* en ellas,
 vivos como los corales,
 dos manojos de cerezas.
 Con la sangre de las moras
 pinta sus mejillas tiernas,
 y hace de su rostro lindo
 una carátula horrenda.
 Y esta graciosa muchacha
 que igual que el azogue tiembla,
 é igual que el agua se ríe,
 é igual que un pájaro juega,
 lleva en su ser una artista
 de grande retina intensa
 para rasgar los misterios
 y ver la hermosura excelsa.

Lo que no es bello en la vida,
 le arranca una risa ingenua,
 y eso les pasa al pintor,
 al músico y al poeta.
 Cuando me encuentro á la niña
 abstraída, muda y seria,
 en silencio postro el alma
 ante su pura inocencia,
 porque sé que en ese instante
 en su espíritu se eleva
 la hostia impalpable y divina
 de la absoluta belleza.

Jorge Xavier de la Cueva

EL BAILE DE LOS ABUELOS

Más ligera esa copla ; dad dobles golpes
en la piel del pandero, tersa y tirante ;
describa la mudanza curvas y brincos ;
esos pies más veloces ; ¡aire y más aire !

Está la rancia abuela bailando alegre
la danza en que lucieron sus mocedades,
y acuerda los tapices frescos de Goya
con la arcaica mantilla y el corto traje.

De su boca, hecha pliegues, abre la risa
las mandíbulas mondas en dos mitades,
y con los largos dedos castañetea
ceñida á la cadencia de los compases.

Formando vivo corro gozan los nietos
ante aquella figura de otras edades,
á quien la santa dicha que el cuadro llena
quita un siglo de encima para que baile.

En rápido desfile ve con la mente
de sus años floridos el loco enjambre,
y oye con la memoria las serenatas
que daban á su reja tiernos galanes.

Al ir girando inquieta grita un acento:
«¡Que el abuelo haga bríos y la acompañe!»
Y el abuelo, un caduco león vencido
por cien años de luchas y de pesares,

adelanta hacia el centro con la sonrisa
inocente de un niño sobre el semblante,
yergue la curva espalda, dando á su cuerpo
de un currutaco el porte fino y amable,
y encajado en la danza por la juntura
matemática y justa de dos compases,
adorable y gracioso, la vuelta imita
que va dando su esposa para *liarle*.

¡Qué menudos punteos! ¡Qué primorosas
idas hacia los lados y hacia adelante!
Bailan el baile clásico, la danza pura
que ya la gente joven bailar no sabe.

Su ritmo acompasado recuerda el tono
de un español y viejo noble romance,
y está pidiendo el lienzo de un cuadro antiguo
la castiza finura de sus modales.

El concurso admirado bate las palmas
y andaluzas hipérboles mezcla en el baile,
y al ver danzar dos siglos, uno ante el otro,
le embarga un sentimiento profundo y grande.

Más ligera esa copla; dad dobles golpes
en la piel del pandero, tersa y tirante;
describa la mudanza curvas y brincos;
esos pies más veloces; ¡aire y más aire!

FUENTE DE SALUD

LAS PIEDRAS

Vive en cada piedra un alma dormida,
que un sueño de hierro retiene rendida,
y nada hay que pueda tal sueño romper:
vive en cada piedra un ser misterioso,
que en vano pretende surgir del reposo
y su propia cárcel rasgar con su ser.

Vive en cada piedra un alma cautiva
que está como muerta, hallándose viva,
que yace enterrada y anhela salir;
que espera del Juicio Final la trompeta
para que dejando su vida secreta
sacuda, espantada, su horrible dormir.

Mirad de las piedras las rígidas caras;
¡qué varias, qué mudas, qué quietas, qué raras!
sus líneas retuerce febril contorsión;
el que hizo sus duros esbozos sutiles,
de un mundo de rostros soñó los perfiles
y el mundo de caras dejó en embrión.

En una cabeza trazó la amplia frente
donde el sol enreda su llama riente,
y el resto del rostro dejó sin trazar;
y en otra tocando, formó las guedejas,
mas luego que en bucles rizó sus madejas,
la boca y los ojos no quiso formar.

Los labios en una dejó diseñados
cual áureos panales de bordes dorados,
y dióles su gracia la luz del cincel;
mas aquéllos labios de brillo esplendente
se ríen sin sienes, sin ojos, sin frente,
y á nadie le brindan sus besos de miel.

A un recio peñasco, cual gloria suprema,
igual que á una fuente colgó una diadema
que va hacia la nuca sus puntas á atar;
mas no tiene cara la frente radiosa,
y nadie comprende si es reina, si es diosa,
si es hada del río ú ondina del mar.

Mirad qué gigante; su torso es tremendo,
es hércules rudo su espalda poniendo
al monte, que intenta cambiar del revés;
su cuello es pujante, sus brazos membrudos,
sus dos pechos fingen dos férreos escudos,
mas no tiene cara, ni manos, ni pies.

Allí de otra piedra la faz se divisa,
su boca despliega burlona sonrisa
y muestra la barba cual roja espiral;
carátula horrenda parece el semblante
como si saliera del círculo errante
que traza girando febril carnaval.

Imita un pedrusco monjil abadesa
tendida en el mármol fatal de la huesa,
ungido el semblante de extraño interés,

la frente con flores, los dedos de encaje,
y el lienzo de piedra que forma su traje
en rígidas tablas llegando á los pies.

Mirad aquel risco medroso y severo,
de lejos parece triunfante guerrero
con casco, con peto, con lanza sutil;
se ve de más cerca su altiva figura,
y no tiene espada, ni tiene armadura,
ni yelmo, ni espuelas, ni pluma gentil.

Habita las piedras un mundo de seres,
de raros varones y extrañas mujeres
que esperan un día su encanto romper,
abrir de su encierro los poros tupidos,
sacar de lo inmóvil calor y sentidos,
y hablar espantados y echar á correr.

A veces me abismo mirando una piedra,
y fijo en su rostro, me pasma y arredra
pues sé lo que sufre de ver su prisión;
y entonces, mi boca juntando á su boca,
beso suspirando sus labios de roca
y entono esta leve sentida oración:

«Almas que en las piedras gemís encerradas,
almas que en las piedras vivís resignadas,
de una catalepsia sujetas al mal;
que desde los bloques de senos oscuros
esperáis los días de tiempos futuros
en que os desencante poder celestial.»

«¿ En qué otras materias vivisteis tejidas?
¿ Tuvisteis diversas maneras de vidas?
¿ Supisteis acaso lo que es el amor?
¿ Fuisteis troncos, monstruos, espíritus, fieras?
¿ Pájaros errantes de plumas ligeras?
¿ Carne humana y triste sujeta al dolor?»

«¿Por cuántas pasasteis distintas escalas
antes que en las piedras plegarais las alas?

¿Acaso habéis sido feliz vegetal?

¿Después bravas ondas de mares potentes?

¿Después conchas, nácares y perlas lucientes?

¿moléculas luego de roca brutal?»

«Yo sé que vosotras teneis almas puras
que lloran en quietas mazmorras oscuras
por siglos de siglos su horrible dolor;

y yo que en mazmorra de vil carne humana
lloro cual vosotras y aguardo un mañana
junto á vuestras penas mi intenso clamor.»

«Piedras y hombres suben por largos teclados
y allá van en carne ó en roca encerrados
hacia un enigmático remoto confín:

todos en la vida somos pasajeros,
todos somos tristes, todos prisioneros,
¡y es todo una cuerda sin alfa ni fin!»

«Los hombres que os tornan seguras viviendas,
cual fieras se traban en rojas contiendas
vuestra unión sublime sin ver ni imitar;

en tanto vosotras, al aire impelidas,
formáis en brazos de amores prendidas,
casas, puentes, templos, y á Dios un altar.»

«Como letanías de piedras austeras,
alzáis en el mundo cien mil escaleras
que van de las nobles alturas en pos;

y esas escaleras que fingen collares,
parecen las gradas de santos altares
que aspiran, subiendo, llegar hasta Dios.»

«Los hombres no forman escalas de vidas,
sus frentes ajadas no tienen subidas
para ir á las cumbres del bello ideal:

no traman sus besos de nobles hermanos,
ni enlazan los pechos, las frentes, las manos,
en una escalera de luz inmortal.»

Así mi plegaria de leves sonidos
susurra á las piedras con tristes gemidos
cual aire que agita doliente saúz;

y sueño en que unidos por almas y nombres,
formen, cual las piedras, tramados los hombres,
una inmensa escala de amor y de luz.

Amad á las piedras, que son formas puras;
no pisad con ira sus caras oscuras;
sus rostros extraños debéis adorar;

su humildad me inspira dolor tan profundo,
¡que por no ir pisando las piedras del mundo,
quisiera unas alas y en ellas volar!